



## Capítulo 1

La mañana del veintiuno de diciembre me levanté con la dulce promesa de las vacaciones de Navidad, apenas un escueto fin de semana de cuatro días. El mío era un colegio privado de rancio abolengo en el que las vacaciones eran como ir al dentista para el común de los mortales: solo se hacían cuando no quedaba más remedio.

Ésa era la razón por la que tenía clase el día veintiuno, el de mi decimosexto cumpleaños. Mis padres me prohibieron faltar. Para ellos, aquel era un día normal. Para mí, «normal» quería decir tener el estómago tan revuelto que ni los antiácidos de dos en dos aliviaban el escozor, además de no poder salir de casa sin una caja de aspirinas, un bote de Visine para que mis ojos no parecieran los de una alcohólica empedernida y un alijo de tiritas y vendajes convenientemente guardado en la taquilla del colegio.

Me las arreglaba como podía. Era una buena estudiante. Guardaba las apariencias, cuando en realidad lo que necesitaba era un descanso urgentemente. Tiempo para dormir, para comer hasta hartarme y para pintarme las uñas con purpurina. Tiempo para dejar de fingir y ser yo misma, aunque nadie se diese cuenta. Tiempo para teñirme el pelo de nuevo, entonces de un horrible color rojo tomate. De negro, por ejemplo, para empezar el Año Nuevo con buen pie, a juego con mi estado de ánimo. También tenía unos cuantos DVDs pendientes, películas sobre

chicas de mi edad que se enamoraban y tenían amigos y llevaban vidas completamente normales.

Metí los bordes de la camisa blanca de algodón por dentro de la falda plisada de tartán, el uniforme obligatorio del colegio. Me pinté la raya de los ojos con una gruesa línea negra, me puse tres capas de máscara, como si con ello pudiese hacer de las gruesas ojeras que colgaban de mis párpados otro accesorio más, y una fina capa de brillo en los labios. Tiré de las medias con todas mis fuerzas hasta que dejaron de ser opacas, llevando, como siempre hacía, las estrictas normas de vestir del colegio hasta el límite. No me importaba llevar uniforme. Al menos así, por una vez en mi vida, podía saber qué se sentía al formar parte de un grupo. Lo que odiaba era parecer una vulgar Lolita. Observé fijamente mi imagen en el espejo, esperando encontrar en ella alguna respuesta, deseando dar con la solución que faltaba en mi vida.

De pronto sonó el teléfono: una, dos veces. Tiré el cepillo de dientes en la pica del lavabo y corrí a coger la extensión del pasillo. Las llamadas nunca eran para mí, pero yo seguía respondiendo con la esperanza de que algún día preguntaran por mí.

—¿Diga?

Silencio. Una débil respiración. Murmullos.

—¿Diga? —insistí.

Mamá se asomó por el hueco de las escaleras.

—¿Quién es? —La preocupación se dibujaba en su cara, acentuando las líneas que la surcaban y la hacían parecer mayor.

Me encogí de hombros y sacudí la cabeza.

—¿Diga?

Mamá cogió el cable que unía el aparato a la toma de la pared y tiró con todas sus fuerzas. Estaba pálida y su respiración se había acelerado.

Papá subió corriendo las escaleras, visiblemente afectado.

—¿Otra?

Mamá me atrajo hacia su cuerpo, sin dejar de apretar el cable del teléfono. ¿A qué demonios venía tanto alboroto?

—¿Qué pasa?

Dejé que Mamá me sujetara mientras intentaba recuperar el aliento. Papá no paraba de acariciarme el pelo. En los últimos cinco años, apenas me habían tocado, solo cuando era estrictamente necesario, y ahora, en cambio, parecían incapaces de dejar de hacerlo.

—Ya ha empezado —dijo Papá, el primero de los dos en apartarse.

—¿Qué es lo que ha empezado? —pregunté yo, mientras en el piso de abajo el teléfono sonaba de nuevo.

—Habla cuando vuelvas de clase. Hoy tienes un examen importante —respondió Mamá, con aquella expresión terca en el rostro tan suya.

Papá la sujetó por los hombros y le acarició el cuello como siempre hacía cuando estaba disgustada.

—Creo que deberíamos...

—No, aún no. Aún no —repitió mamá.

—¿Qué está pasando? —Podía sentir el miedo erizándome el vello de la nuca.

—Rosie... —Papá acarició la mejilla de mamá con una mano y con la otra me atrajo hacia su pecho.

—Después de clase —insistió mamá con firmeza—. Ten cuidado, mucho cuidado.

—¿Por qué no me decís qué pasa? —pregunté—. ¿Es por lo de mi cumpleaños? Puedo esperar unos meses antes de sacarme el carnet. Me muero por conducir, pero si tanto te asusta la idea, podemos hablarlo.

Mamá me acarició el pelo, sacudiendo levemente la cabeza.

—Después de clase.

Me encogí de hombros y miré a mi padre en busca de apoyo. Algo en la expresión de su rostro me dijo que no pensaba romper filas.

—¿Es algo de chicos? No salgo con nadie. Tampoco es que haya ningún chico...

Mamá me dejó con la palabra en la boca.

—¿Quieres tortitas para desayunar?

Yo nunca desayunaba.

—No, gracias. Tengo que coger el autobús o llegaré tarde.

—¿*Qué otra cosa puede ser? Mis notas siguen siendo muy buenas...*

—¡Mer-D! —exclamó Sammy, lanzándose sobre mí. De pequeño me había bautizado con aquel extraño diminutivo, de modo que, ahora que ya tenía seis años, yo seguía siendo su Mer-D—. ¡Feliz cumpleaños! Tengo un regalo. Tengo un regalo. ¿Quieres saber qué es? ¿Quieres saber qué es? —canturreó alegremente, sujetando una cuchara en alto y cubriendo el suelo de gotas del jarabe de arce que goteaba de ella, al más puro estilo Jackson Pollock.

—Luego, Sammy. Después de clase, ¿vale? ¿Con un poco de pastel?

Adoraba a mi hermano con el amor incondicional que yo nunca había recibido de nadie, excepto de él. No tenía miedo de mí. Solía jugar a hacer volar los pequeños cuerpos inertes con sus Lego, o a colocarlos en fuertes en una macabra caricatura de la vida.

—Pastel, pastel —repitió saltando a mi alrededor, con una enorme sonrisa dibujada en los labios.

—¿Por qué estás tan alterada? —le pregunté a mamá, volviéndome hacia ella y bajando la voz para que Sammy no me oyera.

Papá respondió por ella.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar cuando vuelvas a casa, pero de momento puede esperar.

—¿Estáis seguros? —insistí. Nunca antes había visto a mis padres tan nerviosos.

—Vas a perder el autobús —intervino mamá. En los últimos meses, su actitud había ido de la sobreprotección al distanciamiento sin lógica aparente. La distancia entre las dos era casi tangible. En ocasiones la había sorprendido observándome atentamente, como si tratase de memorizar las cadenas de mi ADN.

—¿Has cogido todo lo que necesitas? —Me miró a los ojos, me acarició la cabeza y sujetó un mechón de mi pelo por detrás de la oreja. Un gesto característico de mi madre y que a mí siempre me daba ganas de sacudir la cabeza y despeinarme aún más. Sonrió con una mueca triste, casi patética, empeñada en no decir ni una sola palabra más del tema.

—Vale, sí. —Me aparté de ella y salí de la cocina, sintiéndome como un niño en una fiesta de adultos, molesta por su negativa y por la falta de explicaciones. Los secretos siempre me hacían sentir pequeña e insignificante, y había algo más, una sensación que no lograba identificar. Me puse la mochila y avancé hacia la puerta que daba a la calle.

Papá apareció detrás de mí.

—Meridian, espera. —Me estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—¿Papá? —Di un paso atrás, confusa.

Al menos Sammy no actuaba de forma extraña. Estaba jugando con la caja de Lego que había abierto el día antes, en su cumpleaños. Mamá, mi hermano y yo habíamos nacido con uno o dos días de diferencia.

Oí los frenos del autobús a lo lejos y salí de casa corriendo sin volver la mirada. Aquel sonido siempre me transmitía la sensación de que llegaba tarde, aunque ya estuviese esperando en la parada. *Muy Pavlov*. Tenía la rodilla

izquierda dolorida y agarrotada. Llegué a la parada justo cuando las puertas del autobús se abrían. Los que ya esperaban, entraron primero. Nadie habló o, para ser exactos, nadie lo hizo conmigo. Algunas cosas nunca cambian.

Hice el examen de biología, entregué mi trabajo de final de semestre sobre las novelas gráficas como nueva representación del ideal dickensiano para la asignatura de inglés, enumeré doscientos países y sus capitales en un examen sorpresa de historia y me salté la comida, como siempre, porque para mí la cafetería era un reino que evitaba a toda costa. Cuando quería evadirme del resto de la humanidad, solía esconderme por la sala de actos del colegio, en los camerinos. Además, así me resultaba más fácil esconder los pequeños cuerpos muertos que aparecían a mi alrededor.

El autobús se detuvo en mi parada a las cuatro y media. Mi cerebro parecía haber cobrado vida propia. No podía dejar de pensar en los cuatro días libres que tenía por delante. Quería empezar inmediatamente a no hacer nada. Primer punto en el orden del día, deshacerme del uniforme y de las botas. El resto de los chicos y chicas bajaron del autobús detrás de mí, hablando y riendo sin parar. Sentí ganas de salir corriendo hacia casa, dando saltitos como si fuese un conejo. Un Mustang azul aminoró la marcha al pasar por nuestro lado. Los chicos que lo ocupaban, todos mayores, se asomaron por las ventanas del coche y empezaron a tontear con las chicas del grupo. Me sentí totalmente invisible, como siempre, pero no por ello desperdiqué la oportunidad de escuchar la conversación con disimulo. Al fondo de la calle ya asomaba el perfil de mi casa.

De pronto un todoterreno blanco con los cristales tintados giró la esquina chirriando ruedas. El conductor tuvo que ver al Mustang y al grupo de chicos y chicas de pie en

medio de la carretera. Juraría incluso que pisó el acelerador, ganando velocidad y dirigiéndose directamente hacia mí. Dejé caer la mochila al suelo, inmovilizada por el miedo.

Mamá debía estar esperando mi llegada desde la ventana de casa. Salió corriendo en nuestra dirección, gritando y moviendo los brazos en el aire, fuera de sí. Un escalofrío me recorrió la espalda. Su voz rompió el trance en el que me había sumido. Me lancé sobre unos arbustos justo a tiempo para evitar el embiste del todoterreno, pero los demás no tuvieron tanta suerte.

Oí el impacto de metal contra metal, el sonido de cristales rotos saltando en mil pedazos. Y gritos. De pronto fue como si me hubiesen arrancado el brazo de cuajo, como si no me quedara oxígeno en los pulmones.

El accidente apenas duró unos segundos, pero a mi alrededor el mundo se movía a cámara lenta. El todoterreno dio marcha atrás y desapareció a toda velocidad, dejando al conductor del Mustang con medio cuerpo fuera del coche. Pedazos de metal retorcido cubrían el asfalto como si fuesen pañuelos de papel abandonados a su suerte. Una chica de mi clase de biología yacía inmóvil en el suelo junto a otras que no pude reconocer, con los brazos y las piernas en posiciones imposibles. Otros gemían y lloraban. Me dirigí a la carnicería con la intención de ayudar, pero el dolor me detuvo en seco. Era como si alguien me estuviese clavando un hierro ardiendo en los ojos. Apenas podía respirar. Sentí el frío asfalto bajo mi cuerpo y las lágrimas corriendo por mis mejillas, mientras las vidas de aquellos chicos se sucedían en mi cabeza como un tráiler de imágenes inconexas.

Mi madre me recogió del suelo y me alejó de aquel horrible lugar. Las palabras se atropellaban en su boca, el tono de su voz era desesperado. Otro espasmo sacudió mi cuerpo. ¿Qué me estaba ocurriendo? De pronto Papá tam-

bién estaba allí, junto a mí, dejando mi cuerpo retorcido por el dolor sobre el asiento trasero del coche. Empapada en sudor, me sujeté el estómago con fuerza y cerré los ojos, tratando de ignorar el dolor.

—Sácala de aquí. Ya he hecho las maletas. Sam y yo nos reuniremos contigo más tarde —gritó mamá mientras el coche arrancaba. Luego se volvió hacia mí—. Te quiero, Meridian. ¡No lo olvides nunca! —exclamó entre sollozos. Papá pisó el acelerador a fondo.

No dejó de hablarme en todo el camino. Palabras incoexas. Promesas. Plegarias. Pero el dolor era tan intenso que apenas podía oírle.

A medida que nos fuimos alejando de casa y del accidente, la tortura en la que me había sumido fue desapareciendo. Recuperé el aliento y el dolor fue perdiendo intensidad, como la marea cuando se retira lentamente de la playa, hasta que fui capaz de sentarme y limpiarme las mejillas con un pañuelo que me había dado mi padre.

—¿Mejor? —me preguntó, observándome a través del espejo retrovisor.

Asentí, intentando recuperar la voz.

—¿Qué está pasando?

—Se nos ha acabado el tiempo. Mamá debería habértelo contado todo hace mucho, darte alguna explicación, pero quería que estuvieras a salvo. Créeme, ante todo le preocupaba tu seguridad. Y que fueras feliz, que disfrutaras de tu infancia mientras fuese posible.

Nada de todo aquello parecía tener sentido.

—¿De qué estás hablando? —pregunté cuando se detuvo para tomar aire. Lo cierto era que si algo no había sido en toda mi vida era una niña normal y feliz precisamente.

—No eres humana, al menos no del todo. Eres especial. Ese dolor que has sentido era un alma humana, creo. Es complicado.

¿Perdón? Tragué saliva.

—Papá, ¿estás bien?

—Tienes que irte, Meridian. Tienes que ir a casa de la Tía y aprender a hacerlo.

—¿Aprender a hacer qué?

Suspiró, visiblemente frustrado.

—No lo sé. Es tu madre quien debería habértelo explicado. Es la primera vez que lo veo. Durante todos estos años, ella sabía que el dolor era real y no me lo contó hasta el día de Acción de Gracias, cuando empezaron las llamadas...

Levanté la voz para hacerle callar.

—¡Mamá no está aquí! ¡Tú sí! ¿Qué quieres decir con que no soy humana?

Nuestros ojos se encontraron en el espejo retrovisor.

—Eres un tipo de ángel llamado Fenestra.

Cada vez tenía más claro que me había quedado dormida en el autobús de vuelta a casa y que todo aquello no era más que una extraña pesadilla.

—Sí, claro.

—No me des la razón como a los locos, jovencita —respondió Papá, dedicándome su mirada más severa.

Nos detuvimos en el aparcamiento de un supermercado.

—¿Puedes andar? —preguntó Papá.

Había recuperado las fuerzas, pero el dolor aún me atenazaba los músculos, como cuando pasas una gripe.

Papá me ayudó a ponerme en pie y me hizo avanzar por los pasillos atestados de productos de la tienda. A veces tiraba de mí y otras casi me empujaba, sin dejar de mirar por encima del hombro, como si esperase descubrir a alguien persiguiéndonos en nuestra loca huida hacia el fondo del local. Llevaba al hombro unas enormes bolsas de viaje que se balanceaban con cada paso y golpeaban las estanterías.

Atravesamos una puerta de empleados. De pronto sentí la caricia del viento alborotándome el pelo y rozándome las mejillas.

—¿Papá?

Un taxi esperaba junto a la puerta. Un chico desaliñado con aspecto de patinador, no mucho mayor que yo, se bajó del coche y, sin mediar palabra, metió el equipaje en el maletero.

La mirada de Papá era la de un animal atrapado.

—Tengo que volver con tu madre y con tu hermano. No vuelvas a casa. No estaremos allí. Quizás algún día nos volvamos a ver. Nunca estarás sola, Meridian. Nunca. Siempre te querremos, pero el resto del camino debes hacerlo sola.

—¿Qué está pasando? ¿Qué es todo esto? —Las lágrimas me nublaban la vista, amenazándome con dejarme sin voz.

Papá señaló al taxista.

—Este es Gabe. Te llevará a la estación de autobuses. Tienes que ir a casa de la Tía.

—¿A Colorado?

Asintió.

—Ella te ayudará. Pero debes tener cuidado. Mucho, mucho cuidado. No te acerques a los enfermos ni a los moribundos, ¿me oyes? Corre en dirección contraria hasta que llegues a casa de la Tía. —Sus dedos se hundieron en la piel de mis brazos hasta dejar marcas en ellos.

Nada de todo aquello tenía sentido.

—Prométemelo, Meridian, prométeme que no te acercarás a ningún moribundo hasta que llegues a casa de la Tía —insistió, sacudiéndome con violencia—. ¡Prométemelo! —Nunca antes había visto tanta intensidad en el rostro de mi padre. Estaba asustada.

—L-l-lo prometo —conseguí responder entre tartamudeos.

—Están aquí. —La voz ronca de Gabe rompió el hechizo.

—Tienes que irte. Hay una carta para ti en el abrigo.

Miré hacia la parte trasera del coche y descubrí, sorprendida, uno de mis petates y mi mochila favorita.

—No quiero ir...

—Confía en mí. Tienes que irte. —Me besó en la frente y me obligó a subirme al asiento trasero del taxi—. Mantén la cabeza agachada. Todo esto terminará pronto, te lo prometo.

Sin darme tiempo a responder, cerró la puerta del coche y desapareció por donde habíamos salido.

—¿Papá? ¡Papá! —grité con todas mis fuerzas.

—Será mejor que te agaches y te estés calladita o te verán —dijo Gabe, observándome a través del retrovisor.

—¿Quién?

—A falta de una explicación mejor, los malos.

—¿Los malos?

—¿Sabes en qué te convierte eso? —preguntó con una tímida sonrisa en los labios.

—¿En una chiflada?

—No, en una de los buenos.

Hundí la cara entre mis manos mientras el taxi dejaba ruidosamente el aparcamiento. Aquello solo podía ser una pesadilla. ¿O quizás no?